

L A F I N C A

La culpa la tuvo aquella maldita finca. ¡En buena hora! Un sitio de nostalgia que pertenecía al pasado, a una adolescencia indómita y desbordada, un lugar siniestro que siempre, de forma cíclica, aparecía en mi vida contaminándome como una enfermedad recidiva, contagiosa e incurable, que me venía a poseer como por ensalmo y, alienándome me anulaba al llenar mis seseras de pringosas ovas del verdín de las fuentes de la infancia y que ahora volvía a aparecer de nuevo en este otoño seco y triste de Castilla, el más seco de los últimos 150 años. El predio conflictivo lo había adquirido mi padre antes de que yo naciera, y sólo por ello, por el simple hecho de no haber nacido y no coincidir por tanto en las coordenadas espacio-temporales del siglo, no me pertenecía. Como no me pertenecía ningún dolor de cabeza derivado de aquella posesión.

–¡QUÉ INGENUIDAD!

Pero el destino quiso que de nuevo esa propiedad, que siempre pasó de soslayo ante mí, deslizándose de puntillas frente a mi vida, inadvertida y envuelta en tinieblas permanentes que nunca entró en mis cálculos y anhelos, fuera el motivo de mis presentes angustias y tormentos, quebrantos que me traían perturbado el cuerpo y partido el alma. De esta guisa comenzó todo un buen día de septiembre del veranillo de San Miguel, cuando el sol apura sus últimos rayos estivales, calurosos aún pero ya inofensivos, apagados, casi mortecinos...este sol que almibara los membrillos y los melones de la tarde en las fincas...Siempre estaban los jodidos predios en mi mente. Lo habían estado en la niñez y lo estaban ahora reduplicados. El recuerdo fugaz de las discusiones por las lindes, los términos, esos hitos de piedra hincados como men-

hires que dividían y otorgaban a los propietarios cada zona del terreno; y yo sin comprender, sin haber asimilado todavía que la tierra no admite particiones ficticias, apaños y convenciones de los hombres. De aquellos hombres dispuestos a matar o morir, en calidad de víctimas o verdugos, mártires o reos por unos escasos metros de tierra. Una *"nesga de tierra"* fue toda la patria de Miguel Torga.

Un comunicado oficial del Juzgado de Instrucción me citaba para comparecer y justificar legalmente la propiedad de una tierra en pleito: la jodida, la maldita finca de marras. Durante aquellos días andaba con la cabeza gacha, torpón y medio bebido, llegando del trabajo a mi pequeño apartamento cada vez más tarde. Con la única compañía de *"mishi"*, mi gato birmano pasaba los días y las noches, algunas en vela, otras delante del ordenador o la televisión, y todo gracias a la agitación que me producía en las entrañas la condenada finca y su litigio.

«¡Te la van a quitar Albert, vas a perder la propiedad de la finca. Una finca de mal fario que compró a medias tu padre, y tú la vas a perder, perderás todo Albert».

-¡TOOODOOOOOOOO!

Deambulaban estas voces por el interior de mi mente pesadas y estrepitosas, arrastrándose como impedidos, chocando ruidosas contra mis neuronas perturbadas, sin poder deshacerme de ellas, sin poder arrinconarlas ni vencerlas; un disco de vinilo rayado, una voz de gramola antigua que me recita: "Albert, Albert....." canta gangosa dentro de mi cabeza. Y sonaban las frases duplicadas, aumentadas por la bóveda craneana "Albert, Albert...."...presiento la locura y me dejo caer, llevar en esa ola más tranquila, secundaria a una principal que vuelve de regreso a la playa para mecarme suavemente y depositarme, tiernamente, en la tranquila orilla de arena caliente...

-RINGGGGGGGGG!!

El despertador, que pronto apago y derribo sin mirar de la mesilla de noche, también deslinda y fracciona el tiempo, así me hubiera gustado a mí, dividir «mi finca» como la esfera opaca del obstinado y abatido reloj que no cesaba de rugir y palpar en el suelo; dividir la finca como una tarta circular, como un reloj esférico de horas contadas y leves, como la propiedad del terreno. De nuevo en el trabajo sin rendir, adormilado y ausente, mi pensamiento alienado por la tierra, preñado y enfermizo por la puta finca y su contienda. Y al llegar a mi casita, me abandono frente al ordenador o la televisión como cada noche de un insomnio creciente.

Todos los viernes, como bienvenida al fin de semana, a la salida del trabajo tomamos unas cañas y tapas en el bar de Jose. Cinco, fueron suficientes cinco vinos riojas para arrancarme unas tenues lágrimas y dejar aquellos ojos verdes, grandes y rasgados primero, en los escarchados y enrojecidos de un hombrechón de uno ochenta. Fui incapaz de mentir. Ante Paco no puedes mentir. Así que le largue todo: la finca, la herencia de soslayo, el pleito sobrevenido, aquello que me la *"traía al biés"*, era también la causa de mis males. El séptimo rioja...no desmerecía el ídem de Caballería, y Paco me acompañó a casa. Yo acostumbraba a vivir tranquilo, en una exquisita soledad sólo alterada por el ordenador, la tele y mi gato cuando andaba a gatas en celo y se ausentaba por semanas en su correrías. ¡Ah, qué correrías, qué envidia primaria!, ¡Qué animalidad! Cuando volvía *"Mishi"* se tiraba días enteros lamiéndose el sexo.

Aquella noche dormí de un tirón gracias al rioja. El vino había conseguido un energético efecto, un maridaje especial con la melisa, verbena y amapola que a diario tomaba para combatir un gradual insomnio.

Al día siguiente, sábado, ya sobrio pero con resaca y mal cuerpo, no salí de juerga y Paco Oli volvió a visitarme esa noche para ver cómo me encontraba.

Hablamos del juicio por la finca, "pleitos tengas y los ganes...", de las enfermedades mentales y de las otras menos mentales...Antes de marchar suspiró : "En pleito claro no es menester letrado", pero reconoció conmigo que aquello se estaba saliendo de madre y me recomendó una abogada, andaluza como él y amiga suya. Se habían conocido en los días locos de los libertarios años setenta en la ciudad de Granada. Con los ojos entornados pude ver cómo Paco escribió unas letras en su tarjeta de visita y la dejó sobre la mesilla de noche con el ruego encarecido de que el lunes fuera sin falta al despacho de su amiga y le entregará su tarjeta de recomendación.

* * *

Angeles -que así se llamaba la letrada- trabajaba en el centro de la ciudad y compartía un piso grande con varios despachos de abogados como ella distribuidos en piezas. Abajo, en el portal, el latón reluciente sobre granito negro anunciaba una Asesoría Jurídica. Arriba un gran vestíbulo, con tresillos y sillones de skay negro individuales donde la gente esperaba la llamada de una señorita apostada detrás de un mueble que la ocultaba casi totalmente...sólo dejaba ver de ella una melenita rubia recogida en cola de caballo y con un auricular prendido a manera de orquilla a su pequeña cabeza de la que sobresalía como una excrecencia un diminuto micrófono. Mi turno, el pase, el despacho 3 y un silencio. Golpeo tímidamente la puerta con los nudillos y oigo una voz dulce de mujer: «pase, por favor».

Me sobrecogió el despacho, no se porqué...pues estaba acostumbrado. Quizás el mobiliario un poco antiguo, de estilo imperio, con maderas macizas y negruzcas

como caoba; quizás la larga, infinita estantería en la pared posterior repleta de anaqueles alabeados por la gran cantidad de libros en fila, ordenados y limpios, de lomos blancos con filetes y salientes de color rojo algunos, de estilo oficial o estatal, reglamentario casi todos...no sabía exactamente por qué, pero el caso es que me acongojó un poco. Ella seguía escribiendo, enfrascada, y sin levantar la mirada me invitó a tomar asiento, cosa que hice. Al poco, cuando ella acabó de escribir alzó la vista y se presentó ante mí una mujer de mediana edad, guapa, con un rostro felino muy marcado por unos pómulos salientes, huesudos como su nariz corta y afilada. Los ojos negros, hundidos, mientras su melena negra caía salvaje sobre los hombros rígidos en dos crenchas que partían simétricamente su cabeza a la mitad. La boca pequeña y roja con comisuras bien definidas y rasgadas, cerraba una cara bien proporcionada con un mentón afilado.

Extendí la mano para darle la tarjeta que Paco me había proporcionado, ella leyó detenidamente lo que estaba escrito por detrás, el corto texto de nuestro amigo Paco Oli con una sonrisa incrédula o pícara. Le relate todas mis preocupaciones, mis angustias, mis recelos...todas mis filias y fobias, y se lo expuse todo dejándome llevar, contrito de alma, como ante un desconocido confesor más que ante un abogado. Sólo hubiera necesitado un diván terapéutico o un sillón abatible para contarle toda mi vida. Al finalizar mi exposición de los hechos, Angeles se levantó del solemne sillón que ocupaba y comenzó a ir y venir por el despacho, envarada con el culo en pompa ligeramente retrasado, intentándome explicar el proceder que más me convendría para la causa, para ganar el pleito. Un traje de falda y chaqueta de raya diplomática la hacía más elegante y estilizada. Así puede ver que era bajita, quizás uno sesenta si descontaba la parte del tacón, pero tenía unas nalgas duras que marcaban, a través de la falda, sus altas y leves braguitas al andar. Me gustó en especial su jarrete, al que pronto se fueron mis ojos para buscar en el hueco dos puntitos, como los hoyuelos que forman los mofletes de una carita sonriente. La canilla estre-

cha apresada por las cintas negras de los zapatos. Aquellos pechos pequeños y tersos que pugnaban por sobresalir de un liviano jersey de punto beige, a buen seguro cabían perfectamente en el hueco de mi mano....tetas enhiestas y firmes. Sentado como estaba sentía latir mi verga dura como el cemento, empalmada como una estaca. Estaba seguro que al menos en dos ocasiones ella miró de soslayo el abultado paquete. Salí de allí sobrecoigido y no precisamente por el importe de la minuta.

Creo que fue aquel día cuando me enamoré de Angeles, mi bella picapleitos, con un amor platónico, un loco frenesí sin parangón. Tanto fue así que a partir de esa fecha no cejé en el empeño de invitarla a mi casita de papel con, o mejor sin Paco de acompañante, pero con su disculpa. Al cabo de una semana volví de nuevo al despacho. Angeles estaba enfundada ahora con su esbelta pequeñez dentro de un conjunto de safari caqui, con una blusa amarilla casi transparente donde despuntaban dos pezones duros y puntiagudos, más oscuros que el sujetador. Esta vez no comprendí nada de lo que me explicó. ¡Cuán lejos estaba de allí soñando que la tenía, que la poseía dulcemente! Pero ella seguía habla que te habla ensimismada en su propio lenguaje juridico que tan bien controlaba y que para mí era de difícil comprensión, así ella no se percataba de cómo yo la devoraba con mis ojos codiciosos, mi cuerpo entero en perfecta sintonía de arriba abajo comenzó a ponerse rígido, durísimo en algún punto sensible. Mientras ella hablaba, yo fantaseaba y la iba despojando poco a poco de aquel conjunto de "*Indiana Jones*" que tan bien le caía, la sentaba sobre mis rodillas y le tocaba con una mano sus pechos, luego lamía suavemente sus pequeños pezones mordisqueándolos, mientras con la mano libre buscaba bajo esa braguita el rizo metalico y negro del pubis, hasta inundarme, anegarme de sus humores....

Cuando acabó de hablar, se sentó en su sillón autoritario y comenzó a relajarse. Asentí a todo lo que me propuso sin reparar mucho en las consecuencias de las decisiones adoptadas. Tengo que decir que realmente gracias a Angeles se alejó de mi cabeza aquel tenaz pensamiento de tierras, posesiones y fincas que me atormentaba para dar entrada otra idea no menos pertinaz, aunque sí más sublime y dulce: mi afán de poseerla, de tener en mis brazos a Angeles, de hacerle el amor, de hacerla gozar y llevarla a las estrellas en un viaje inolvidable y lujurioso.

Cuando nos despedíamos, me dio recuerdos para Paco, fue entonces cuando la invité a mi apartamento, para que junto con Paco -mi excusa- cenáramos los tres y ellos pudieran hablar de los viejos tiempos de la Facultad. Sacó su agenda y fijó el día: Pasado mañana, miércoles, quedaríamos en mi casa los tres.

* * *

Preparé todo para ese día: Ni se me ocurrió llamar a Paco, preparé la coartada de su ausencia, dejé a "*mishi*" con la vieja vecina del segundo, puse bombillas más tenues y de colores pálidos en el dormitorio y salón, limpié el polvo de la casa, hice a conciencia el baño y lave las cortinas. En el super del barrio me aconsejaron ginseng, un vino espumoso, casi cava, para una cena que estaría compuesta a base de almejas, langostinos y mariscos variados. ¡No podía fallar! Todo a la espera de que aquel miércoles fuera mi miércoles de gloria con mi amada jurista. Hacia las ocho de la tarde había acabado la preparación de todo y tenía las tres velitas, con los cubiertos respectivos y un ramillete de flores para ella.

Sonó el timbre. Tardé en reaccionar, un molesto tapón de tripas en la boca del estómago me retenía: fue el subir de la bilis hacia arriba o de la bilirrubina para abajo chocando con la adrenalina lateral en una encrucijada diabólica, sin señalizar. Llegué a la puerta con la cara roja, abotargado...y al abrir allí estaba ella... mi vecina de escalera, la de la letra de enfrente para pedirme no sé qué historias de manzani-

llas o poleos, téis verdes, naranjas amargas o de la China, que estaba todo el día tomando potingues para adelgazar. Saqué las bolsitas de infusiones se las dí todas y la despedí por la vía rápida sin más contemplaciones.

Al poco de cerrar, estando ya más tranquilo volvieron a llamar. Abrí casi sin mirar creyendo volver a ver a la pesada de la vecina, me vino bien...me hice el distraído casi sin querer el interesante, era Angeles dentro de su magnífico traje de raya diplomática. ¡Casi me caigo de hinojos! Allí estaba ella, preciosa, casi sin maquillar con una frescura incipiente y natural. La invité a pasar al salón y le ofrecí el ramo de flores. Nos besamos, en la mejilla. Me preguntó por Paco, si aún no había llegado; pero mi coartada era más fuerte y segura: se encontraba fuera, había salido aquella misma tarde en un viaje de negocios inexcusable, y me había llamado hacía una media hora. Angeles se sentó en el sofá frente al televisor, en aquel sofá que guardaba en su memoria de crujientes muelles tantos secretos de mi fantasías sexuales.

-¿Que quieres tomar?

-Tienes algun licor aperitivo, no sé...quizá un Jerez

-¿Si te viene bien un Oporto?

-OK.

«Claro que le venía bien ese Oporto, ese *vinho verde* que suelta las corazas de la mente y que yo rogaba ahora liberara los frenos del cuerpo y las bridas del alma, el desenfreno de Angeles en suma». Preparé dos Oportos.

Hablamos poco y a diferencia de los días anteriores, ahora era de cosas intrascendentes, al cabo nos sentamos a la mesa. Poco a poco, marisco a marisco, almeja a almeja aquello iba tomando cuerpo, a medida que la cena pasaba, uno frente al otro, nos poníamos colorados del vino, rojos de los langostinos, amarillos de mayonesa...nos reíamos mutuamente al contar chistes o anécdotas más o menos picantes. Tarta de wiski flameada para postre: dos.

Recogí deprisa y nos sentamos en el sofá. Nos servimos *Pippermint* y brinda-

mos por la amistad que nos deparaba Paco, el conocido común. Su falda tenía a cada lado unas rajitas laterales que dejaban atisbar el muslo corto y sedoso de Angeles, sin rastro de piel de naranja. Y yo estaba empezando a encenderme como un fósforo abandonado en el Sahara. Casi se tocaban nuestros muslos generando una electricidad estática o dinámica por que a veces, sin querer, la rodeaba con mi brazo al estirarme sin que ella protestara. Vino el cava puntual para apagar la segura quema. Con el calor decidió quitarse la chaqueta que casi era torerilla en su levedad. Me habló de su novio, llevaba años opositando para juez, estudiando a razón de diez o más horas diarias, de con qué dificultad empollaba y recordaba las materias judiciales y con qué facilidad se olvidaba de ella, de aquel ángel que no salía, que tenía que ir sola o acompañada de amigas a tiendas, que a veces se deprimía...«¡ya vésl!, como yo, y tú sin fincas ni tierra que partir...» y se me antojaba su novio como un terreno baldío, una finca seca y triste donde crecían salvajes cardos borriqueros. Entonces empezó a llorar, rompiendo unas lagrimitas como perlas en sus ojillos gatunos. No dejé que se deslizaran más abajo, la abraze y besé sus mejillas con encanto, como si besara una virgen inmaculada. No tardó Angeles en reaccionar y al instante me dejó sorprendido y sin resuello. Nos besamos juntando los labios, más pequeños los de ella, yo introduje mi lengua y busqué, enredé y jugué con la suya un buen rato, mezclando salivas y sabores.

Cayó mi mano izquierda a la altura de sus pezones haciéndolos rebrincar con la fricción suave de mis yemas. Angeles daba respingos elevando un magnífico culete, duro y redondo, de ciclista y volviendolo a bajar. Bajé aún más mi mano hasta los muslos, que sin ver, ella aparto generosamente, relajada se abrió para dejar pasar una mano revoltosa y encendida que iba derecha a su pelambreira. Empecé una fricción bien acompasada por ella con movimientos de su pelvis, retrepándose en el sofá y ayudando la entrada de uno primero, dos dedos más tarde. Tumbé a ese pequeño diablillo en el sofá, a todo lo largo. La desnudé despacio, relamiendo y besando su

cuerpo pequeño y bronceado, sólo evitado en la zona de los pechos y pubis de un color mantecoso. Sin falta me desnudé yo dejando al aire una herramienta tesa como un palo y gorda con grandes venas muy marcadas. Me acerque a ella apuntándola con el pene erecto, como un fusil caliente de los disparos asomando un glande rojizo como una cereza, a punto de estallar. Angeles se aferro a ella como una posesa y después de dos pasadas de pincel se lo introdujo hasta el fondo dando un gritito de placer. Comenzamos a jadear como solitarios jinetes de la noche o verdaderos centauros del alba, que allí y a aquellas horas nadie distinguía, Angeles con los movimientos lo apretaba, golosa y gemía...mientras yo la besaba y tocaba sus pezones, sus pechitos blancos de jadeos. De pronto Angeles lanzó un gritito profundo, contuvo un aullido animal, culeó furiosamente...y me inundó con sus ambrosías, atrapándome dentro con un fuerte movimiento de sus músculos...Ahora era yo quien sentía la descarga...venía de abajo, salía de los riñones y le descargue dentro todo en dos sacudidas como latigazos...Quedamos abrazados el uno sobre el otro, en silencio, juntos nuestro sexos en un goce indescriptible...

Me despertó el centelleo del televisor, esa luz fosfórica y azul que lo inunda todo. En el segundo canal la misa de 12: era domingo...Había dormido como un lirón toda la noche anterior; en el boxer una mancha amarillenta delataba las fantasías carnales de un ensueño lujurioso. Sobre la mesilla de noche la tarjeta que mi amigo Paco Oliveira había dejado allí hacía unas horas. La cogí y en su reverso pude leer una corta leyenda escrita en redondilla, de su puño y letra que decía:

Dr. Oleguer Massip
--Psiquiatra--
C/ Alcalá 120-entresuelo B
28023-Madrid

* * *